

ÚLTIMOS INSTANTES



© Xabier Galarreta

“Esas malditas bombas... ¿Nunca van a dejar de disparar? No voy a poder salir de aquí... Maldita misión. Ya le dije al comandante que esto sería un infierno, que no valía la pena. Voy a morir”.

Era la Segunda Guerra Mundial y el piloto F.W. había salido en un vuelo rutinario. Su misión: recoger información de los movimientos del enemigo. Para ello, necesitaba volar a baja altura y exponerse a las baterías del fuego enemigo. Su situación era desesperada. Estaba atrapado en una red de cañonazos y no veía manera de escapar de aquel infierno. Trató de tomar altura.

“Tal vez, si consiguiera elevarme otros mil metros...”.

Pero justo en aquel instante, una gran explosión abortó sus esperanzas. El avión comenzó a arder por la parte de la cola.

“Se acabó”, pensó. “Aunque peor hubiera sido si hubieran acertado en la parte delantera del avión. En esos casos, el fuego acaba penetrando en la carlinga y antes de llegar al suelo el piloto se achicharra vivo”.

Durante unos segundos su mente se quedó en blanco. Luego, otra vez retomó el hilo de su voz.

“Supongo que ha merecido la pena. Todos estos esfuerzos... Pero qué ha merecido más la pena, ¿la guerra o la paz? Desde aquí arriba, no parece que sean tan distintos. Ahora no importa. Ahora nada importa. Pude haber sido un buen tipo o pude haber sido el ser más abominable. ¿Qué importa ahora? Sólo caigo. Me quedan unos pocos minutos para seguir siendo lo único de lo que estoy seguro: yo. Mierda. Apenas puedo controlar el aparato...”

–Eh, F.W. ¿Me escuchas? –se escuchó una voz por la radio del avión–. ¿En dónde diablos te has metido?

F.W. reconoció enseguida la voz de M.R. Nunca le había parecido una persona desagradable, pero sintió un poco de rabia al escuchar su voz. Eran sus últimos instantes, ¿no? Quería concentrarse. Quería recordar, y dedicar sus últimos pensamientos a los suyos, o a sí mismo.

–Estoy cayendo, M.R. Déjame.

M.R. no respondió en seguida.

–No te rindas, F.W. –acertó a decir al fin. Su voz sonó lejana y débil.

–Te lo agradezco, M.R. Pero no hay solución. Tengo la cola destrozada y continuó

sufriendo el fuego enemigo. Aún no he empezado a caer en barrena, pero es cuestión de segundos. Tal vez unos pocos minutos. Déjame. No hables. Quiero concentrarme. Adiós.

Se hizo un silencio, que F.W. aprovechó para retomar sus pensamientos.

“¿En qué estaba pensando? Así, en lo que merecía y no merecía la pena... En lo que somos y no somos. Pero, sobre todo, en lo que hemos sido y en lo que no hemos sido. Ahora sí que da rabia, justo cuando ya no hay salida, cuando ves que todo se ha acabado... Entonces sí que fastidia no haber hecho aquello que tanto deseamos hacer. Es estúpido, no atrevernos a decir las cosas que hubiéramos querido decir... Supongo que en tales instantes siempre surge el recuerdo de alguien que hubiésemos querido querer y que nos quisiera. Yo también, no soy una excepción en ese sentido. Sí. Estaba E.D. No le dije nunca lo que en realidad me hubiera gustado decirle... Supongo que eso es también una ilusión. Hacemos de una mera posibilidad la “gran pérdida” de nuestras vidas, cuando en realidad aquella relación nos hubiera llevado a otro atolladero, a otra calle sin salida. Aún así, nos gusta pensar que “todo habría sido distinto si...”

Un nuevo zambombazo le sacó de sus pensamientos. Esta vez habían acertado en la zona del motor. Había fuego, pero por suerte la carlinga

estaba intacta y le protegía de las llamas. Intentó levantar un poco el morro del avión, a pesar de que éste ya empezaba a sentir una fatal atracción hacia el suelo, como atraído por un poderoso imán.

“...Y luego, todas esas posibilidades que tuve de vivir de otra manera... Qué extraño es. Estoy a punto de desintegrarme y a pesar de todo no dejo de pensar en ideas más bien peregrinas... Se supone que debiera tener un instante de “iluminación” aquí arriba. No sé... “Pensamientos elevados” o algo por el estilo. Sin embargo, lo único que hago es pensar en lo que pude o no pude haber hecho, haber sido, haber tenido, haber amado... Parece que la vida sea un calco de otras vidas, proyectadas siempre hacia la carencia. Y que la proximidad de la muerte se vuelva una degeneración de nuestra capacidad de recordar. Quién sabe. Tan vez incluso se trate de un mecanismo defensivo de nuestro cuerpo, o de la mente... Nos esforzamos en dominarlo todo, pero aquí arriba, ahora mismo, no somos más que unos domingueros que aún no saben del trágico accidente que les espera en la carretera. Tenemos un concepto cándido de la vida... El maldito avión ha comenzado a caer en picado. Ya no puedo controlarlo. Ahora no soy yo quien lleva el avión, sino el avión quien me lleva a mí. El avión es ahora mi ataúd, las siglas militares mi lápida, y las explosiones los rezos que me acompañan a la tumba. ¿Llegarán a enterrarme en algún sitio? ¿O

mi cuerpo desaparecerá entre los matorrales o los restos calcinados de una ciudad, de una fábrica...?”

–¡F.W.! ¿Me escuchas?

Era M.R. otra vez. Respondió débilmente...

–Sí...

–¡F.W., mira hacia el noroeste! Estamos aquí. Toda la escuadrilla.

F.W. miró como pudo en la dirección indicada y vio allí en el cielo a toda la escuadrilla. Volaban a gran altura realizando en el cielo azul toda clase de piruetas, a cada cual más alocada. Era la manera que tenían para despedirse, para decirle que ellos estaban allí, que no le dejaban sólo en aquellos instantes...

–Os veo, M.R. Gracia, chicos. Sois fantásticos...

Se interrumpió, emocionado. No pudo decir más. Ni tampoco tuvo ya tiempo para ello. Su avión se precipitaba en barrena a quinientos o seiscientos kilómetros por hora. Podía frenar un poco la caída, pero nada más.

“Bueno, ha sido un entierro muy bonito”, pensó entre lágrimas. “No todos los fiambres tienen ocasión de ver en su propio entierro a los amigos.

Es curioso, ni siquiera siento ya pánico. Gracias a ellos... La tierra. Ahí está. Es como un muro contra el que voy a estrellarme. La máquina también se destruirá. El motor... son sus últimas revoluciones... Qué insignificante es morir... Casi como si yo también fuera sólo una máquina... En estos últimos instantes la vida se insinúa con tanta futilidad... Aunque sin perder su encanto. Es bello morir y es bello haber vivido. No soy culpable de nada... Voy a morir, y por tanto soy inocente. No ocurre así cuando vivimos y nuestra vida parece ser eterna. Entonces sí somos culpables. Pero ahora, cuando la muerte es inminente, no existe hombre que no pueda gritar, que no tenga derecho a gritar: Soy inocente... A fin de cuentas, qué somos sino herramientas de un fin supremo que nos utiliza a su antojo y cuyos designios ignoramos (tal vez ignoremos siempre, incluso luego de morir...). Goliat muere; David muere. Los gobiernos, las ideas, los ejércitos mueren... La gloria muere... y la infamia... Sólo queda ese formidable golpe al final del camino. Los seres humanos somos una enorme escombrera en la que vamos depositando nuestras almas reducidas a los meros hechos, a las incongruentes y falsas biografías... Hemos bailado con mayor o menos escrúpulo sobre la escenografía que alguien previamente había dispuesto para nosotros. Todo está escrito. Nuestros nombres ya estaban escritos desde mucho antes del primer instante. La vida es un escondite, y nosotros jugamos al que te pilló... y un día nos pillan. Y se acaba el juego. Una tumba con un letrero luminoso

de neón: Game Over. Aquí yace Nadie. Fue un dandy decadente, o un misántropo huidizo y oscuro, o un ser maravilloso y generoso, erudito, aventurero... Todas nuestras muertes son muertes anunciadas. Y nuestro epitafio es siempre el mismo... Aquí yace Nadie. Game Over”.